

# Los hombres tenemos miedo de todo



El compositor Ross Bagdasarian muestra un grito típico de su pequeño hijo Adam, que fue inspiración para su exitosa canción "Alvin the Chipmunk". (Fotografía: Allan Grant //Time Life Pictures / Getty Images)

*Brenda Ríos*

LOS HOMBRES TENEMOS MIEDO DE TODO. Animales acostumbrados al control, olfateamos el peligro de la inercia, la amabilidad de la trampa. Lo cómodo de una buena cama también es una trampa.

Inquietos. No sé cómo hemos perdurado hasta aquí, sumergidos en un valle dispuesto a morir como una olla sucia. No sé cómo la especie que es la mía ha perdurado, mermada es cierto, pero aquí sigue: respira por la boca y jadea y busca compañía en algunos bares cuando la soledad es apenas tolerable.

Cuando mi padre murió le tomé fotos con el celular. No sé para qué. Hago cosas así, por la estúpida manía de hacerlas.

En el funeral, cuando acabó todo, sólo podía pensar en regresar a mi casa. La casa húmeda y oscura de una sola habitación

No hay perro ni gato ni plantas.

Una casera que me ayuda en lo que puede.

Miedo de ir al dentista. Miedo de ir a la oficina. Miedo de perder a mi mujer. Miedo de perderme a mí mismo. Miedo de tener hijos. Miedo de no tenerlos. Eso me sostiene sin saberlo. Miedo de morir. Porque yo he visto lo que hace la muerte. No es agradable dejar el cuerpo maloliente a cargo de los demás. ¿Y para qué?

Miedo de no poder coger más. De que un día de buenas a primeras deje de pararse la verga. Eso sería intolerable. Aunque después de un tiempo me imagino que me acostumbraría.

Miedo de perder el control.

Miedo de aparecer a media noche en casa de otra mujer, digamos mi ex, gritando incoherencias.

Miedo a ser descubierto como el hijo de gran puta que en verdad soy y que disfrazo bien.

Miedo de subir escaleras.

Miedo de perderme en el metro.

Y vergüenza sobre mí por ser tan miedoso. Vergüenza porque no pude ser lo que imaginé. Porque las mujeres aman a los que llegan lejos y yo no intenté más.

Me dejo llevar. A eso le llamo vivir. Dejarse llevar. Hace años que mi trabajo es automático, no lo pienso, lo hago como si condujera un auto. Cualquiera podría hacerlo. Es la gran ventaja. Uno sobre otro, compitiendo, porque a mi edad, es cierto, da igual quién hace qué con tal de que las cosas se hagan.

Sólo Alejandra es un faro en toda esta oscuridad. Alejandra con su falda corta y sus senos duros. Alejandra que es fuerte y aguanta todo, al inútil este que la adora. Pero la adoro sólo porque me aguanta. O ya no sé cómo sigue todo esto. Fue ella la que decidió ser mi mujer. A mí todo me daba igual. Y me sigue dando igual. Sopa de verduras, ensalada de pollo, vino en la comida. A eso le llama ella vivir bien, hace yoga, medita, separa la basura. Una mujer entera. No sé qué hace conmigo. Sus amigas sienten pena por ella. No soy como los maridos que esperan. No soy nada de eso.

Y sin embargo.

Alejandra tiene miedo feroz de que un día la deje. Así como quedo de llamarla al día siguiente o verla en su casa tiene miedo de que no lo haga más. Quizá sea eso lo que en verdad espera de mí: que cumpla lo que es mi canallada íntima y sea el patán que en el fondo

amaría para siempre. ¿Quién sabe qué coño quieren las mujeres a final de cuentas?

Mientras, el trabajo se hace solo. La vida se hace. Y la desperdiciamos esplendorosamente. Como debe ser. Porque hemos entendido todo mal. Pero nadie va a venir ahora a decirnos qué hacer. No a esta altura.

La ciudad es esta. La casa es esta. La mujer que quiero es esta. No cuestiono: acepto. No pregunto: tomo un trago de lo que esté enfrente de mí. Si me dicen abraza, abrazo. Si me dicen ven, voy. Así con todo. Le llamo a esto vivir. Porque hasta donde sé la muerte aún no llega y cuando llegue no quisiera que me tomaran fotos con el celular. No sería bueno eso. Aunque no le pedí perdón a mi propio padre por hacerlo.

Vacaciones: a la playa, mi amor. A verte en bikini y de paso verlas a todas en bikini si todo sale bien. A ver a tu madre si no hay de otra. Y a pensar una y otra vez en tener hijos contigo porque ya estoy viejo y cansado y no tengo ganas de ser el patético galán del bar con las chicas cada vez más chicas que se ríen porque no tengo dinero o no visto bien o no sé hablar como enseñan en la universidad.

Esperar la muerte es esperar el turno en el consultorio.

Miedo a las alturas. Miedo a encontrar bichos en los alimentos. Miedo del color amarillo. Miedo de que se caigan los dientes y que eso me haga ir al dentista lo cual me da más miedo aún. Miedo de que Alejandra me deje. Miedo de que Alejandra tenga miedo de que yo la deje. Miedo de tener hijos feos y débiles. Miedo de salir en la calle y que me den una paliza. Miedo de enfrentarme solo con lo que traigo en la cabeza y que no es transparente. Miedo de todo. Pero animal bueno. Animal buenito y manso. Lamo las manos de quien me toca. Porque un día no lejano de éste caiga yo también y ese miedo no exista más y no haya entonces sostén de uno. 